



Ha llegado Buñuel...

DESDE las ventanas de la Casa de Cultura de Huelva, ver a través a Luis Buñuel una Gran Vía plagada de propaganda pro referéndum era una imagen insólita. A cuerpo, con la gabardina al hombro y rodeado por sus anfitriones, iba a recibir el homenaje que le dedicaba la II Semana de Cine Iberoamericano. Era la primera vez que —con carácter público— el gran cineasta español aceptaba un acto así en nuestro país, aunque la verdad es que todos dudábamos de su asistencia personal al mismo. Los organizadores de la Semana mantuvieron siempre su esperanza, pero pasaban los días sin una confirmación definitiva. Por fin, en la noche del sábado, poco antes de que se proyectaran "L'age d'or" y "Simón del desierto", la noticia corrió por el hotel Tartessos, "cuartel general" del festival: ha llegado Buñuel...

Venía de Sevilla, acompañado por Serge Silberman, productor de sus últimas películas y "sombra" continua del realizador en este viaje. Habían estado localizando exteriores en la capital andaluza con destino a la próxima obra buñueliana: una adaptación de "La femme et le pantin", cuyo proyecto se remonta a 1955, y que empezará a rodarse en la segunda quincena del próximo enero, con Fernando Rey como protagonista. A sus setenta y seis años, pese a haber anunciado su retirada en múltiples ocasiones, Buñuel se dispone, pues, a emprender un nuevo film. Según él, son Silberman y el guionista Jean-Claude Carrière los "culpables" de ello: el primero, por su insistencia y fuerza de convicción, que se traduce en dar a Buñuel todo tipo de comodidades para el rodaje, desde un circuito cerrado de televisión a través del que puede seguir las diversas tomas, hasta la grabación en "cassettes" de los diálogos para así vencer la sordera del director; en cuanto a Carrière, es el traductor fiel de sus ideas, de sus pensamientos, hablando durante horas y horas con el cineasta para después dar forma de guión —enriquecido con iniciativas propias— al contenido de sus charlas, realizando así un trabajo que Buñuel ya se siente incapaz de afrontar por sí solo.

La sorpresa de la llegada del autor de "Viridiana" se completó al saberse que acudiría a la mesa redonda que en torno a su obra esta-

ba programada para el domingo 12 de diciembre, última jornada del certamen, en la Casa de Cultura onubense. Así fue: contento, sonriente, muy relajado, recibió el aplauso de un centenar largo de personas puestas en pie, que le ovacionaron hasta que sus acompañantes indicaron que no se continuara, pues el ruido de los aplausos —poco canalizados por sus oídos— retumbaba en la cabeza del cineasta. Buñuel se sentó entre Jean-Claude Carrière, también pre-

Una mesa que, paradójicamente, resultó dañada por la presencia física del homenajeado. Porque sus participantes se vieron afectados de un cierto nerviosismo, de una cierta timidez ante la compañía buñueliana inesperada, que deslució el presumible contenido teórico del acto. Todos —incluido también el público— estaban más atentos a las reacciones de Buñuel, a sus miradas, gestos o sonrisas, que al propio contenido de lo que tenían que decir. Dada, además, la breve-

Fernando Lara

sente en la mesa, y José Luis Ruiz, director de la Semana; junto a ellos, José F. Aguayo (director de fotografía de "Viridiana" y "Tristana"), Manuel Alcalá, Román Gubern, Juan Francisco Aranda (autores los tres de libros sobre el cineasta) y el jefe de Prensa del certamen. Como inicio de un acto afortunadamente nada protocolario, Buñuel recibió de manos de José Luis Ruiz el Colón de Oro del festival —reproducción del monumento erigido en Huelva al descubridor—, que miró y ramiró cien veces a lo largo de la mesa redonda.

La duración del tiempo marcado para las intervenciones (cinco minutos, ampliables en la discusión posterior entre los miembros de la mesa y entre ellos y los espectadores), resultaban hasta lógicas las vaguedades e ideas sueltas que allí quedaron flotando, sólo potenciadas en parte por Gubern, quien trazó un eficaz esquema sobre los "tres exilios" que había sufrido Buñuel durante su trayectoria personal y profesional; en Francia, cuando la Dictadura de Primo de Rivera; en Estados Unidos y México, a causa del franquismo; nuevamente en Fran-



Buñuel, junto a José Luis Ruiz —director de la Semana de Huelva—, en el transcurso del homenaje público que le fue ofrecido en la ciudad onubense. (Foto: TOTE TRENAS)

cia, al producirse el "affaire" "Viridiana", que le alejó una vez más de nuestro país a lo largo de una decena de años. ¿Qué habría sucedido en el cine español si tales exilios no hubieran tenido lugar? Era una pregunta de pura hipótesis histórica que dejó en el ambiente la intervención de Gubern. Una hipótesis dolorosa que afecta a todos los campos —humanos, políticos y culturales— de nuestra realidad contemporánea.

Mal que bien, Buñuel iba oyendo lo que se decía, aun cuando lo impidiera en varias ocasiones el zumbido de los tomavistas que registraban aquellos momentos. Su cara —rica, llena de experiencia, vital— era escudriñada por el público, que notaba la reacción de alegría de Buñuel al hablar a José F. Aguayo o el rictus de cansancio que dejaban adivinar sus ojos. Observación que pudo explayarse cuando se produjo la tercera sorpresa: después de que los miembros de la mesa decidieron no utilizar su turno de discusión interna y de anunciar ya el debate con los espectadores, Buñuel hizo saber a Carrière que él contestaría también a las preguntas que se formularan... Nadie esperaba aquello de un hombre habitualmente hostil a las entrevistas, poco dispuesto a referirse a su trabajo. Fue tal la sorpresa que ese embarazamiento que antes se había contagiado entre los integrantes de la mesa se trasladó ahora a todos los asistentes. La gente se miraba entre sí como exigiendo al compañero de silla o de fila esa intervención que cada uno no se decidía o no se atrevía a hacer. Por fin se rompió el hielo y hubo hasta seis preguntas, unas tan tópicas como las relativas a su próxima película, otras tan extrañas en ese momento como si había recibido alguna invitación para rodar en Cuba...

De las breves respuestas de Buñuel, con su voz débil, pero profunda, de campesino aragonés que no ha perdido el acento de su tierra, quedó como constante varias veces repetida su deseo de soledad, de alejamiento en busca de una vez tranquila. "Lo que yo quiero es retirarme a mi casa a descansar"... "Yo ya soy un jubilado"... "Encontrar nuevas gentes, nuevas calles, todo eso me fatiga"... "Llevo una vida muy retirada, soy casi un monje"... He aquí algunas de las afirma-

ciones que en este sentido pronunció Buñuel en Huelva. Quizá había en ellas una cierta ironía, una cierta presunción por mostrarse más viejo de lo que en realidad se siente, pero también era visible el cansancio de un hombre de vida dura y fatigosa, que se ha visto entrecruzada en diversas ocasiones por circunstancias históricas que la han hecho zozobrar hasta cruelmente.

Antes de sugerir con discreción sus deseos de finalizar el acto, Buñuel diría también que le gustaría llevar a cabo su autobiografía, "pero no para cine" (se supone que en libro); que si la muerte y el absurdo son constantes en su obra, será "porque soy español. Es algo inconsciente, no voluntario, sino que me sale así. Si fuera inglés, sería de otra manera... El absurdo, no tanto; pero la muerte sí está muy metida en todo lo español. Esa es la razón de que aparezca tanto en mi cine o, por lo menos, parte de la razón...". Y que su trabajo con los actores depende de que éstos sean buenos o malos, porque "si son malos, lo primero que hay que hacer en un rodaje es enseñarles a actuar, mientras que con los buenos se puede hacer cualquier cosa sin esfuerzo". Al terminar, sonriendo abiertamente, Buñuel dio las gracias al público y juntó sus manos en ademán de reconocimiento hacia los que le volvieron a aplaudir hasta que abandonó la Casa de Cultura. Horas después partía de Huelva. No sin compartir una comida con algunos organizadores y miembros del Jurado, en la que contó anécdotas, historias, chistes, de manera divertida. "Lo que más me ha sorprendido de Buñuel —me diría después José Luis Gómez, miembro del Jurado de la Semana y que compartió con él la mesa— es la manera en que trata a la gente, con una exquisitez y una elegancia que son, sin embargo, enormemente humanas. Te da la sensación de que te conoce de toda la vida, y cuando se pone a contar cosas es ya como si fuera tu tío o mi tío...".

Realmente, pese a ser de tan pocas horas, la estancia de Buñuel hizo que quedaran como en sordina los demás aspectos de la II Semana de Cine Iberoamericano, que apoyó esta presencia con una discreta exposición de carteles, programas, libros y fotos en torno al cineasta de Calanda, y con la proyección ya citada de "L'age d'or", que resultó la película más joven e inventiva del certamen, pese a sus casi cuarenta años de existencia, y "Simón del desierto" (por desgracia en una copia doblada al italiano), así como de "La Vía Láctea". Falló "Viridiana" debido al contencioso existente entre el productor mexicano de la película, Gustavo Alatrística, y el distribuidor que ha comprado los derechos para nuestro país. Un conflicto nada claro, que algunos señalan como excusa del Ministerio de Información para

no acabar de dar el visto bueno al film (lo que me negaría José Luis Ruiz, quien asegura que "Viridiana" ya ha pasado censura), y en el que se mezclan otros derechos que tenía Uninci, coproductora española del film, hoy desaparecida. El resultado fue que el certamen de Huelva se quedó sin la otra baza fuerte a la que jugaban sus organizadores, es decir, la primera exhibición pública de "Viridiana" en el Estado español.

Respecto al contenido específico del festival onubense, caben varias consideraciones. En primer lugar, su indudable interés potencial dentro de una línea de seriedad que —para entendernos— cabría definir como próxima a la del de Benalmádena. Sin embargo, perjudica a Huelva la gran proximidad con éste (entre ambos certámenes sólo hay un mes de diferencia), sobre todo en un año como el actual, en que Benalmádena había presentado una amplia sección informativa sobre el cine latinoamericano.

Después creemos que Huelva

debe definir una línea de programación más rigurosa, atendiendo a las producciones independientes o marginales muy por encima de las representaciones oficiales de los diversos países, elección fundamental cuando se trata de un continente tan amordazado por el fascismo como es hoy Latinoamérica. Los asistentes hablaban este año de la indebida inclusión de diversos films mexicanos ("El hombre de los hongos", de Roberto Gavaldón; "El valle de los miserables", de René Cardona Jr.; "La choca", de Emilio Fernández), a los que podríamos añadir otros, como los argentinos "Soñar, soñar", de Leonardo Favio, y "Los muchachos de entonces no usaban arsénico", de Martínez Suárez, así como la vergonzante participación española, encomendada —al margen de "La nova cançó", de Bellmunt, ya conocida, y que iba "fuera de programa"— al pésimo film de Jorge Grau "La siesta"; "increblemente llevada a Huelva por su realizador y no menos increíblemente seleccionada por el festival. Otro tanto se afirma-

ba sobre las muestras venezolanas de largo metraje, aunque en este caso cabe la justificación del testimonio sobre los comienzos de una cinematografía que estas películas procuraban.

Por último, es preciso estimar el enorme esfuerzo organizativo que para un pequeño número de personas supone la realización de esta Semana, organizada por un cineclub (el Cine-Club Huelva) que no posee ni los medios económicos ni los recursos humanos, ni los apoyos de otros sectores —aunque se hablaba de una cierta intromisión del Instituto de Cultura Hispánica en la designación de algunas películas— que gozan festivales tipo San Sebastián o Valladolid. En estas condiciones, el de Huelva es —hoy por hoy— un certamen todavía "familiar", con las ventajas y los inconvenientes que de ello se derivan.

En resumen, que hay que valorar positivamente que un cineclub, en vez de hacer una Semana sobre el "western", el "musical" o cualquier director consagrado, se entregue a la ambiciosa idea de crear una muestra de cine de Latinoamérica. Pero también es de desear que tal idea se lleve hasta el máximo posible de rigor y autenticidad, dedicándose —insisto— de manera especial a aquellas obras que nacen al margen y en contra de los sistemas establecidos.

Creo que el deseo de que Huelva cubra tal objetivo es lo que, de alguna manera, ha llevado al Jurado de la Semana (compuesto por Antonio Gala —presidente—, Basilio Martín Patino, Marilina Ross, José Luis Gómez, Román Gubern, Victoriano Rosa y Carlos García) a conjugar en su premio la sólida producción de un país revolucionario que va desarrollando un estilo propio dentro del cine latinoamericano —caso de "La última cena", de Tomás Gutiérrez Alea (Cuba)—, con una obra militante que pone en evidencia el carácter corrupto de una burocracia sindical "amarillista", contraria a los intereses de los trabajadores, tema de "Los traidores", del grupo Cine de la Base (Argentina). Galardonando también el cortometraje "Gamín I-Los chinchis", de Ciro Durán (Colombia), en cuanto buen indicio de documental del subdesarrollo urbano.

Por su parte, el público mostraba sus preferencias por "Actas de Marusia", de Miguel Littin —ya comentada en estas páginas—, y el medimetraje "Universidad comprometida", del español exiliado en México Carlos Velo, aunque no debió aceptarse este premio, ya que a la copia mostrada en Huelva le faltaba un rollo de película. Jurado y público olvidaron, sin embargo, dos obras importantes: "Los trasplantados", del chileno residente en París Percy Matas, y "Las fuerzas vivas", del no menos exiliado español Luis Alcoriza. Son dos films a recordar para su futuro estreno en España y que no por casualidad pertenecen a hombres que no pueden o no han podido vivir en su país. ■



Conjuntamente con "La última cena", "Los traidores" (foto superior) fue galardonada por el Jurado de la Semana de Huelva con el Colón de Oro. Se trata de un film militante argentino del grupo "Cine de la Base", que denuncia la corrupción sindical. En el palmarés debió acompañarle también "Los trasplantados", de Percy Matas (sobre estas líneas), lúcida descripción de una familia burguesa chilena exiliada en París tras el triunfo electoral de Allende.